

FUTURO.

Singular.	bè yo	} jugaré amukirime
	eï	
	tutâu	
		ó méje ó énome
Plural.	caté	} jugarémos amukirime
	peté	
	tucáva	

IMPERATIVO.

Singular.	amukiri tei,	juega tu.
Plural.	amukiri tu,	jugad vosotros.

OPTATIVO.

Singular.	bè-ri	} ojalá que yo no hubiese jugado
	cï-ri	
	tutau-ri	
		rikára ó amukirirujerára
Plural.	caté-ri	} ojalá que nosotros no hubiésemos jugado.
	peté-ri	
	tucava-ri	

DISERTACION

LEIDA POR SU AUTOR,

EL SR. D. GUMESINDO MENDOZA.

EL OTOMÍ ES UN MODELO DEL ORIGEN DE LAS PALABRAS EN LAS LENGUAS MADRES,
Y UN EJEMPLO DE CÓMO PROCEDIERON
LAS RAZAS PRIMITIVAS PARA FORMAR UN IDIOMA.

El don de hablar es un tesoro inapreciable para la humanidad; cada palabra es el signo hablado, es el signo musical del pensamiento, que resuena en el oído de aquellos que hablan una misma lengua; cada palabra despierta en el espíritu de aquellos que nos escuchan las ideas y los sentimientos, como las alas del viento despiertan las adormecidas olas en la tranquila superficie de las aguas; pero observamos que ese signo musical del pensamiento es infinitamente variable en los diversos pueblos de la tierra, aun cuando aquel designe un mismo objeto, unas mismas relaciones.

El espíritu investigador de algunos sabios, impelido por las ideas unitarias, se complace en buscar el origen de las lenguas, y trabaja por señalar en ellas las mas ligeras huellas de la unidad bíblica: nosotros no somos del mismo parecer, aunque tambien nos complacemos en consagrar algunas horas al estudio de las lenguas, y co-

mo fruto de nuestras investigaciones exponemos ante esta ilustre Sociedad el origen, la síntesis y la análisis de algunas palabras de la lengua otomí; lengua singular, admirable por su sencillez, y que, meditando sobre ella, se le halla un no se qué de sublime, segun la expresion del erudito padre Nájera, quien llamó la atención de los filólogos sobre dicha lengua en una sociedad científica de Filadelfia.

Nuestras observaciones, dirigidas al mismo fin, á llamar la atención de los filólogos de nuestra patria sobre esa lengua original, están basadas sobre la naturaleza misma, y por esta razon todo el que guste está en aptitud de examinarlas y rectificarlas.

En paleontología, los restos de los animales antiguos, envueltos en las capas de la tierra, son los datos preciosos de que se ha partido para resolver muchos problemas geológicos: en filología el otomí es un resto precioso que ha quedado en la capa so-

cial de la raza del mismo nombre, otomí; para demostrar esta proposición, las lenguas madres en su origen se han formado imitando los ruidos de la naturaleza inanimada, las voces de los animales y los ruidos producidos por el hombre mismo en los diversos actos fisiológicos que ejecuta.

Comencemos por los ruidos de la naturaleza inanimada.

Cuando las nubes comienzan á desatarse en tempestad sobre los montes y los llanos; cuando la lívida luz de los relámpagos, por instantes sucesivos las transforma en terríficas nubes de fuego, las electricidades atraviesan los agitados vientos, produciendo ruidos pavorosos, que los creadores de la lengua otomí imitaron con esta sola sílaba *thoo*, y esta sílaba designa el mismo fenómeno que las lenguas de origen indogermánico, con estas palabras: *thunder*, *doner*, *thunor*, *thunar*, *tonger*, *dunr*, *duna*, *thruma*, *torden*, *thordon*, *taran*, *toron*, *toni-tru*, trueno.

Ahora reflexionemos por un momento cuáles son los efectos de la tempestad y el rayo: son, bien lo sabemos, la destrucción y la muerte de todo cuanto tiene vida, cuando le toca el hálito mortal del veloz rayo, y esta observación da la medida de las razones que tuvieron presentes los creadores del otomí para designar con la misma sílaba *thoo*, todo acto violento que priva de la vida á los seres dotados de este bien: *thoo* es quitar la vida, matar; *tod* es la palabra alemana para decir *muerte*; *tödten* en alemán es quitar la vida, matar.

El agua, al correr en el cauce obstruido por los fragmentos de las rocas que ella ha arrastrado en su violencia, forma un ruido estrepitoso, que por analogía también se designa con la sílaba *thoo*, y en este caso sirve para decir el agua, un líquido corriendo haciendo ruido.

El aire, con cierto grado de velocidad, al chocar contra el variado follaje de árboles y plantas, al penetrar por las hendiduras de la cabaña, de una puerta, de una ventana, &c., produce un ruido especial, que los otomíes imitaron con estas sílabas, *bui-nthi*; con ellas se expresa la idea que encierran estas palabras de origen indogermánico, *wind*, *windr*, *vinds*, *winti*, *gwynt*, *wata*, *wa*, *ventus*.

Palabras compuestas donde figura la sílaba *bui*, que por sí sola designa este acto, *soplar*, pero el soplar del viento: *bui-té*; *bui* sopla: *te* hace: con estas dos sílabas se expresa la idea contenida en las palabras *vida*, *vios*, *vita*; el raciocinio hecho por los creadores del otomí es claro; ellos pensaron con justicia, diciendo: la vida es *buité*, como quien dice es hacer *bui*, soplar, porque ciertamente el animal vertebrado, al ménos, mientras vive respira, produce un soplo semejante al del viento; así es que, todo aquel que vive *hace* *bui*, sopla, respira; lo que confirma este modo de pensar, es que la idea de vivir, ó estar aquí ó allí un ser viviente, se expresa con esta última sílaba *bui*, soplar, sopla, ejemplos: ¿quién vive allí? *¿too i-bui-hni?* es decir, ¿quién sopla allí? aquí estoy, *i-bui-pui*; es decir, aquí soplo, hago viento.

Las mariposas apenas se detienen á libar el néctar de las flores, pero siempre agitando sus doradas alas, como si solo reposaran en aquellas de los vientos; siendo esto así, nada más natural que llamar á estos primorosos seres de la creación las hijas del viento, como lo indica la palabra anticuada *tim-bui*: *ti* hijo, *me* del, *bui* viento.

Comparemos: si hacemos la comparación de las palabras otomíes que sirven para designar el trueno, el viento, la vida, con las de origen indogermánico, hallaremos perfecta semejanza, casi igualdad, como entre

estas dos: *báinthe*, *winti*, del antiguo alemán: *buité*, y *vita* del latín: *thooni*, imperativo de tronar, en el otomí: *toni-tru*, trueno, en el latín: muchos filólogos, al notar estas semejanzas, las quieren explicar imaginando inmigraciones de las razas del antiguo al nuevo continente, visitas misteriosas de lejanos huéspedes, &c.; para nosotros la explicación de este fenómeno lingüístico es muy natural: las electricidades, atravesando con violencia los gases de la atmósfera; el aire, chocando contra el follaje, &c., por todas partes del mundo producen los mismos ruidos, y el hombre primitivo, por todas partes obligado á formar su lenguaje escuchando á la naturaleza, ha imitado esos ruidos de un modo igual ó semejante: así explicamos nosotros las semejanzas que hemos hecho notar.

Sujetemos al análisis la palabra *buinte*, que realmente significa viento fuerte, violento; ya hemos hecho notar que la sílaba *bui* alude al soplo; la sílaba *the*, con una *t* antes de la sílaba *hi*, indica que hay allí dos ideas: *hi* significa mueve, *té* hace; de manera que la palabra *bui nthe* encierra todas estas ideas, sopla, hace, mueve; en dos sílabas están expresadas las principales propiedades del aire, sopla, y hace mover.

Tomemos una piedra para golpear una roca, ó un bastón para golpear una loza; escuchemos el ruido que se produce en ambos casos, y nos convenceremos que está bien imitado con esta sílaba *dó*: *dó* es el nombre de la piedra en general.

El hombre torpe, de poca inteligencia, es semejante á la piedra; luego no hay inconveniente en llamar al que carece de inteligencia, con el mismo nombre que el objeto con quien se le compara; así debieron pensar los otomíes, diciendo: *dó-nó* piedra, piedra; tonto, embrutecido; los griegos raciocinaron como los otomíes; ellos tam-

bien dijeron piedra, piedra, loco, 'piedra, Elíthes: esta era la palabra para designar al hombre tonto, lithos piedra, Elos, loco.

Los huesos participan de todas las propiedades físicas de la piedra; en otomí se dice hueso con estas dos sílabas *do-yó*, literalmente, piedra, oculta; es decir, en este objeto se ocultan las propiedades de la piedra.

Tomemos un arco de flecha y lancemos la mortífera arma; al partir esta y soltar la cuerda, las vibraciones de esta producen un sonido que cualquier observador encontrará bien imitado con esta sílaba *za*: los creadores de la lengua otomí así denominaron al primer instrumento de guerra de las razas primitivas; el arco para lanzar la flecha se llama *za*.

La vara, la madera ó materia prima para fabricar estos instrumentos, proviene de los árboles; así es que, según el raciocinio de los otomíes, no hay inconveniente en usar la misma sílaba *za*, para nombrar el ser, el individuo de donde tomaban aquella materia prima; y de hecho el árbol en general se llama *za*.

Entre las cualidades de los árboles está la duración, y la resistencia ó potencia; luego por comparación, lo que tiene duración, lo que es siempre, se puede expresar con la misma sílaba *za*, y algún otro elemento; siempre, lo duradero, se dice *za-i*; como quien dice, eso ó aquello es un árbol, *i*, aquel.

El hombre obra físicamente en virtud de una potencia, de una fuerza que reside en él, como la que reside en el árbol; así es que, siempre que ejecuta un acto de fuerza, obra como el árbol; por eso dice el otomí cuando ejecuta, ó asegura que puede hacer alguna cosa, *di rza*, yo puedo.

Examinemos la forma del arco que ha dado origen á las palabras arriba citadas: es un semicírculo, su forma es redonda; la

redondez en los objetos se expresa con la misma sílaba *za*.

La luna, el astro de la noche, en sus cuartos y en sus menguas, se presenta á nuestra vista como un arco, como la mitad de un círculo; hé aquí por qué los otomíes llaman la luna *zá-ná* arco, mitad; semicírculo, medio redondo: *ná* es mitad, *zá* redondo, semicírculo.

La gota de agua, que se desprende pura y trasparente de la bóveda de una gruta, al caer sobre el pequeño lago que ella misma ha formado en el suelo de aquella silenciosa morada de la naturaleza, produce al caer un ruido que cualquier observador puede escuchar y convencerse de que está perfectamente imitado con esta sílaba *tui*: esta sílaba expresa la idea de *gota*.

Los genoveses dicen *civi* para expresar la misma idea; sin duda ellos imitaron el mismo ruido.

Los árboles de la familia de las coníferas, heridos por el hacha del leñador, desprenden gotas transparentes del jugo que los alimenta, semejantes á las del agua, y por esta razón los otomíes les impusieron el nombre general *tuidi*: gota, hace, es decir, árboles que produce gotas.

El carbon absorbe y retiene los gases, así como el agua al estado de vapor: todos conocemos este fenómeno: al comenzar á prender, entra en combustion un carbon saturado de aquellos gases y vapor de agua, desprende desí fragmentos enrojecidos produciendo un ruido especial, siendo la causa los gases y el vapor de agua que se dilatan por el calor: bien, ese ruido los otomíes lo imitaron diciendo *schispi*, ó *schin-tzibí*: en castellano *chispa* designa el mismo fenómeno: en ambas lenguas no puede ser mas natural la semejanza de las palabras con el ruido que producen los fragmentos de carbon que arrastran consigo los gases; ¿pe-

ro en la palabra española habrá tanta filosofía, tanta fuerza de raciocinio, como hay en la palabra otomí? No lo sabemos; mas los creadores de esta lengua despreciada y desconocida, para imitar filosofaron; he aquí la prueba: en la palabra *schispi* ó *schin-tzibi* hay tres ideas capitales, *sch* extiende: de facto, el fuego se extiende, se propaga por medio de la chispa: *tzi* comprende dos ideas al parecer contradictorias; *tzi* es el germen, y *tzi* es comer, es decir, destruir; las dos sílabas *tzibi* sirven para designar al fuego mismo: *bi* es temblar: y bien, ¿cuál es la acción del fuego? Es creadora á la vez que destructora: esta proposición no necesita pruebas; basta observar ó recordar: y no se debe temblar ante esta fuerza, que día á día realiza aquella amenaza y aquella promesa: *Destruam et edificabo?* Ciertamente que sí; luego no puede ser mas grande la fuerza de raciocinio al formar esta palabra imitativa *schin-tzibi*: en esas tres sílabas están contenidas la filosofía y las bellezas poéticas que Schiller, el poeta querido de toda la Alemania, desarrrolla de una manera inimitable en su bella canción de la campana, que comienza en aquella estrofa: «*Wohlthätig ist des Feuers Macht.*»

Estudiemos ahora los nombres de algunos animales.

El ave nocturna que los españoles llaman buho, tiene una voz y un canto lúgubres, que se puede escuchar en los lugares solitarios y en las altas horas de la noche: los otomíes imitaron ese canto diciendo *tukurá*, y con estas sílabas designan el buho de los españoles, el *bubó* de los latinos, el *Uhu* de los alemanes: y ¿quién será aquel que desconozca en estos nombres las voces articuladas por el ave de que se trata?

El buho era y aun es para los otomíes una ave fatídica: si viene á cantar á las

inmediaciones de una casa, entre otros pronósticos fatales hay uno, y es, que alguno de la familia de aquella casa va á morir: ahora, segun el genio de la lengua otomí, esencialmente monosilábica, ese acto, el morir, se puede designar con una sílaba del canto del ave fatídica, y de hecho, morir se dice en otomí *tá*: muerto, el cadáver humano, *dá*, la *d* en lugar de la *t*.

El animal anfibio del género rana, en los tiempos de lluvias sale á cantar sus amores: las ranas pequeñas del género *hila* tienen una voz que no difiere en nada de estas dos sílabas *ra-cûé*: son las que emplean los otomíes para nombrar el animal del género citado.

Es imposible desconocer la imitación de la voz de otros géneros de ranas, en las palabras indo-germánicas *frog*, *frochs*, *froga*, *frox*, *fröé*.

La rana tiene sus metamorfosis; su primer estado, el de larva, no difiere en lo general de los animales inferiores que en español se designan con el nombre general de gusano: por la consideración expuesta, por analogía, los otomíes llaman á los gusanos en general *gûe*: la *e* suavizada.

Una ave que por el rumbo del Mezquital llaman tórtola, tiene un canto triste: bien por su canto melancólico y por su aspecto, la llamaron *dumitzu*; y porque hace este ruido *tzú*, cuando se espanta: *du*, muerto; *mi*, cara; como si dijeran cara triste, y realmente el aspecto del ave es triste, y cuando tiene temor ó se espanta, arroja el aliento por la nariz con fuerza, produciendo un ruido que se imita bien con la última sílaba del nombre citado *tzú*: de esta observación viene, sin duda, el que la idea expresada en castellano por estas palabras *temor*, *temer*, en otomí se expresen por la sílaba *tzá*, que imitaron de la tórtola.

El cuervo, *corvus*, el otomí lo designa con la sílaba *câá*. imitación de la voz de esta ave: y las palabras *crow*, *kráhe*, *crawe*, *kräka*, *kraí*, *krae*, *kracorbis* de las lenguas que hemos venido citando, son igualmente imitación de la voz del cuervo.

El cuervo es una ave voraz, y la idea que envuelve esta palabra devorar, se expresa en otomí con la sílaba *khá*.

El grillo, *g. grillus*, sobre todo el campestre, por el mes de Mayo y principios de Junio adquieren alas, y desde ese momento comienzan sus cantos vespertinos, cantos que el otomí imitó con esta sílaba *gí*: en ella, como en estas otras palabras *grillus*, *grille*, *criecket*, *criciard*, *cricell*, *cricellu*, *kreket*, de los idiomas muchas veces citados, se reconoce la onomatopeya de la voz del grillo.

La aparición de este insecto en los sembrados, su canto durante los meses de Junio á Octubre, estación de las aguss, ha hecho sin duda el que á las nubes se les diera el nombre de *gúí*.

Cualquiera puede observar que los nombres de los pocos animales citados, y que son comunes en el viejo y nuevo continente, tienen nombres que no son otra cosa que la imitación de sus voces: las diferencias que se notan dependen de las apreciaciones auditivas de las razas: al imitar, unos creen haber escuchado una consonante, otros otra; unos imitan las primeras sílabas, otros las últimas.

Observemos ya los sonidos del hombre mismo en los diferentes actos fisiológicos y acciones que ejecuta.

La persona que duerme, respira; pero esa función fisiológica durante el sueño, se ejecuta produciendo dos ruidos diversos, uno al aspirar y otro al espirar; y las personas que hayan observado esos dos ruidos continuados durante el sueño, convendrán

en que la palabra otomí que sirve para denominarlo, es una perfecta imitación de aquellos dos ruidos: los otomíes dicen dormir con estas dos sílabas: *áhá*,

Según el genio de la lengua, la primera sílaba *á* se encuentra en muchas palabras compuestas, designando ella sola la idea de dormir: el sueño es un acto fisiológico difícil de explicar; es misterioso, profundo: en otomí la idea de profundo en el sentido moral, se expresa con la sílaba *á*; pero el que duerme ejecuta ese ruido *á*, y para efectuarlo por medio de sus pulmones hay un movimiento, *hi*, mover, y ese movimiento pulmonar es lo que en otras lenguas se llama respiración, aliento: en otomí *hi á*.

El tono ó tonos que componen las palabras, se emiten también al auxilio de los pulmones; la palabra ó idioma se llaman también *hiá*.

Analicemos ahora dos palabras, en las cuales entra como elemento *hiá* la respiración.

La primera es *hia-tzi*, palabra que sirve para denominar la luz natural, aquella que proviene del sol.

La segunda es *hia-di*: palabra que sirve para nombrar al sol, al astro del día.

Hia-tzi: *hia*, respiración, la vida misma: *tzi*, el germen; luego la luz era para los otomíes el origen, la fuente de toda vida: *di*, hacer, producir:

Hia-di, el sol: *hiá*, la respiración, la vida, la luz; la consecuencia es clara: para los otomíes el sol era la fuente directa de la luz y de la vida; *di* hace, el productor. ¡Cuánta fuerza de raciocinio! en tres sílabas, *hiá*, *tzi*, *di*, están comprendidas todas las teorías modernas de Tyndall, Grove y Söcchi: los que están al corriente de los adelantos científicos, no tendrán dificultad en admitir este aserto: los autores citados, fundándose en los fenómenos bien obser-

vados de la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo, demuestran la unidad de las fuerzas de la naturaleza; y partiendo de la luz, por ejemplo, oigamos lo que dice Söcchi: «La luz produce combinaciones y descombinaciones..... la fotografía reposa sobre estas reacciones..... Bunsen y Roscoe han demostrado que el brillo de una luz disminuye siempre que determina una combinación; luego una parte de la fuerza viva se convierte en trabajo químico.

Los botánicos han demostrado que la luz es necesaria para el desarrollo de la clorofila, y que debido á la acción de la luz las plantas pueden crecer y reproducirse; y concretando el pensamiento, todos sabemos que las plantas son el intermedio necesario para la vida animal: que á favor de la luz las plantas reducen, desoxidán al ácido carbónico, y cada kilogramo de carbon puesto en libertad, absorbe una cantidad de trabajo igual á la que él absorbería combinándose con el oxígeno, y *toda esa fuerza viva le es dada por el sol*. Ahora, aquel carbon que en la planta ha absorbido una cantidad de trabajo inmensa, al desoxidarse, en el seno del organismo, al oxidarse de nuevo, cada kilogramo produce una caloría de 8, 080, y cada caloría es una fuerza mecánica utilizada para todo género de trabajos que ejecutan los animales; pero estas doctrinas, que hasta hoy comienzan á reinar en el mundo científico, no sabemos qué número de siglos ha que están comprendidas, como ya lo hemos hecho notar, en dos palabras del otomí, *hia-tzi*, la luz, germen de toda vida: *hia-di*, el sol, productor inmediato de la luz y mediato de la vida.

Una persona agoviada por el frío, que sufre en todos sus miembros la contracción natural, comprime las mandíbulas, y arrojando el aliento entre los dientes, produce

un ruido que escuchado con atención, se hallará que está bien expresado por esta sílaba, *tzé*, y con ella designan los otomíes la sensación denominada frío.

Durante la noche es cuando el frío se hace más sensible, y en este tiempo es cuando se ven las estrellas en el espacio; ellas deben ser la causa del frío, ó cuando ménos su luz y su calor no lo hacen desaparecer; así es que las estrellas llevarán el nombre del efecto que se cree producen; *tzé* es el nombre de la estrella.

La persona que sufre, presa de algunos dolores, arroja el aliento como si comprimiera la garganta, algo encogida la lengua, produciendo un ruido que está bien imitado de esta manera *yí*: esta sílaba sirve para decir dolor, dolencia, y no es otra cosa que el grito del dolor, un quejido.

El que come un fruto ácido, por ejemplo un limón, al aspirar el aire entre el jugo y la secreción salivar aumentada, produce un ruido que está bien imitado por estas dos sílabas *ixi*: según el genio de la lengua, nada más natural que llamar al fruto ó sustancia que obliga á producir aquel ruido, *ixi*; y así se llaman los oxalis (schocoyeles), los duraznos: lo agrio en general se llama también *ixi*.

Al toser se produce una serie de sonidos diferentes, según la intensidad de la tos, y según el estado de los pulmones, &c., de la persona; pero entre aquellos sonidos se escuchan algunos que están perfectamente imitados por estas dos sílabas, *héhé*: ellas designan el acto que se llama toser: la tos es hacer *héhé*, y por esto la tos se dice *tehé*; *te*, hace, y *héhé*, el ruido.

Muchas veces al tomar el agua fría sobreviene la tos, y dando á la causa el nombre del ruido ó efecto que produce, el agua se llamó *de-hé*; *de*, hace, *hé*, tos, es decir, produce la tos.

En las cimas de los cerros se condensan los vapores de las aguas que han surgido del seno de los mares, de los lagos y los ríos; de esas nubes se desprenden las aguas bienhechoras; así es que los otomíes pensaron que creaban las aguas, y por esta razón los denominaron *töhé*; *tö*, crear, *hé* ó *dehé*, la agua: las palabras compuestas, al entrar en una nueva combinación, pierden la sílaba de la idea accesoria.

El agua en grandes masas nos parece azul; pero si la tomamos en un vaso, allí aparece como es, clara y trasparente; el agua nos engaña: de allí vino el que el acto de fingir se designe con la misma sílaba *hö*, ahuecando la voz.

El agua deja ver nuestra imagen en los remansos del arroyo cristalino: ella imita, reproduce fingiendo: el espejo efectúa el mismo fenómeno: él se llama también *hè*, ó modificando, *hie*.

El hombre imita de una manera admirable, y muchas veces finge sentimientos que no tiene: el hombre debe llevar un nombre que esté de acuerdo con estas cualidades, y por esta razón el hombre en general se llama *yö hö*; *yö*, admira; *hö*, imita ó finge, como quien dice, el hombre es un admirable imitador ó fingidor. En dos sílabas se encierra todo un tratado de filosofía moral.

La persona que llega á la sombra del hogar doméstico fatigada por el calor de un sol ardiente, si trae cerrados los labios, al arrojar con fuerza el aliento, los labios se despliegan produciendo un sonido que está bien imitado con esta sílaba *pá*: ella sirve para designar la sensación de calor.

Durante la presencia del sol, es cuando el hombre experimenta el calor: el tiempo transcurrido de la salida á la puesta del sol, se llama también *pá*, á la causa el nombre de su efecto: *pá* es también día.